



Clases medias y Estado en Chile contemporáneo (1) Segunda Parte

Azun Candina (2)

04/08/2010
Sociedad
Clases medias y Estado en Chile contemporáneo
Segunda Parte

30/07/2010
Economía
CASEN 2009, rompiendo el termómetro

30/07/2010
Economía
Pobreza y Desarrollo Social

28/07/2010
Sociedad
Clases medias y Estado en Chile contemporáneo
Primera Parte

27/07/2010
Economía
Las complejidades del salario mínimo

21/07/2010
Política
La derrota presidencial: aportes a un debate necesario

15/07/2010
Sociedad
Cambio Climático: Lovelock v/s Sachs

Acerca de

Este informe ha sido preparado por el Consejo Editorial de asuntospublicos.ced.cl.

©2000 asuntospublicos.ced.cl. Todos los derechos reservados.

Se autoriza la reproducción, total o parcial, de lo publicado en este informe con sólo indicar la fuente.

En la primer parte de este análisis, se planteó que las afirmaciones y los trabajos sobre la clase media en Chile contemporáneo hacen referencias a su enorme heterogeneidad, a su carácter ambiguo, contradictorio, casi infinito e 'in-estudiable'; un término que parecía más bien un paraguas o una caja de desván, el ítem *Otros o Varios* del inventario social donde se clasificaba a todos aquellos que no cabían en la definición de obreros o proletarios o de 'ricos' y poderosos; es decir, que quedaban fuera las clases sociales en forma, como se diría desde el marxismo clásico.

Se explicaron las razones de este fenómeno y se plantearon visiones economicistas y antropológicas sobre el Estado como *creador* de clases medias.

En este segundo informe, se explora cómo esta clase media, al hacerse numerosa, fue y ha sido clasificada por los otros grupos sociales, con el propósito de "ubicarla" en alguna parte de la jerarquía social.

La clase media como ideal social.

Es posible afirmar, entonces, que el término *clase o clases medias, o capas o grupos medios*, ha tenido una funcionalidad específica en la descripción de la estructura socioeconómica chilena contemporánea, particularmente desde el período de 1920 y 1930 en adelante; señalar, nombrar de alguna manera a aquellos grupos socialmente 'nuevos', sin una definición clara en el imaginario social y político chileno.

En un trabajo previo a la investigación doctoral (3), planteé como hipótesis que si los empleados estatales habían tenido un lugar secundario o difícil de definir en los estudios sociales y en la política chilena, en parte había sido por la falta de estereotipos o imágenes sociales a partir de los cuales leerlos social y culturalmente. Este asalariado de cuello blanco no correspondía, en las primeras décadas del siglo XX, a ninguna de las identidades asentadas y reconocidas en ese Chile de aire colonial y campestre al que nos han acostumbrado a ver como un 'Chile profundo', originario, depositario de las más recónditas (y por lo tanto, verdaderas) identidades nacionales, entendiendo a la Nación como una comunidad imaginada donde, por ejemplo, el *Pije* y el *Roto* ya tenían un claro lugar (4). El empleado, con su traje de confección, en el caso de los hombres, o de dos

piezas y tacones, en el caso de las mujeres, con sus lecturas y su educación que se parecían a la de las élites sociales pero no era la mismas de ellos, no calzaba claramente en la galería de personajes emblemáticos de la nacionalidad. No era el gran señor y rajadiablos que cantó Eduardo Barrios, de pura sangre goda, rico y temido por todos. No era el huaso mestizo con las ojotas y el poncho, ni un indígena de los pueblos originarios. Tampoco se lo podía asimilar con el obrero pampino aguerrido que murió acribillado en la masacre de la Escuela Santa María y que antes dio su vida como soldado en la Guerra del Pacífico. No era, si se trata de las mujeres, la brava mapuche del sur, ni la delicada flor rubia de la aristocracia, ni la 'china chinchosa' del Chile central. Profesoras como Gabriela Mistral, por ejemplo, o dirigentes como Clotario Blest poco cabrían dentro de esas imágenes sociales. Cuando este grupo empezó a hacerse numeroso y dejó de ser una presencia excepcional, los otros grupos sociales debieron ponerlo en alguna parte de la jerarquía social, en algún lugar entre los Pares y los Otros, y el proceso no fue ni ha sido sencillo. Ellos mismos, también, tuvieron que hacerlo. Los empleados, los técnicos, los que estudiaban en una Escuela Normal o en Artes y Oficios ya (quizás) no eran sencillamente rotos, pero, ¿eran *caballeros*? Y si no eran ni rotos ni caballeros, ¿qué eran? Recabarren abordaba ya este problema en 1910, afirmando que:

"No es posible mirar a la nacionalidad chilena desde un solo punto de vista, porque toda observación resultaría incompleta. Es culpa común que existan dos clases sociales opuestas, y como si esto fuera poco, todavía tenemos una clase intermedia que complica más este mecanismo social de los pueblos" (5).

Ni *rotos* ni *caballeros*, ni campesinos ni patrones del fundo, fueron el producto de una sociedad que se urbanizaba y complejizaba, y era difícil inscribirlos en una poética fundacional o en una saga de larga data donde fueran comprensibles, legibles y relacionables con otros. Pero --y ello complica aún más su uso-- el término sí ha tenido contenidos y sentidos en nuestra sociedad; no fue un vacío o sólo una definición por la negación. Es el estudio de esos contenidos en específico el que ha quedado pendiente.

Postulo aquí que tanto esa funcionalidad como esos contenidos específicos son los que han sido escasamente analizados. Ha sido así para otros grupos asociados a él, y también --el caso que nos interesa aquí-- para los funcionarios públicos. Ignora, por ejemplo, su heterogeneidad; el hecho de que, como bien señaló Blas Tomic --y ha sido quizás el único autor en tomarse ese trabajo-- que los asalariados estatales no son un todo homogéneo, y que ha habido grandes diferencias de salario, nombramiento, estatus y poder entre, por ejemplo, el director de un Liceo, un ingeniero contratado por CORFO, una profesora primaria o el empleado administrativo de un ministerio. No explica, tampoco, cómo o por qué se considera al Estado 'constructor de clase media', en términos específicos; ¿basta con que un Estado se expanda y genere más empleos para que (*voilà!*) aparezcan las capas medias, con conciencia e identidad de tales? La ecuación 'crecimiento del Estado=aparición/crecimiento de las capas medias', a veces mencionada casi de manera automática, merece ser puesta en el tapete de la duda. Los autores ya mencionados --particularmente Estrada, Tomic y Adler y Melnick-- plantean líneas que es necesario desarrollar: el concepto de una 'identidad simbólica' más que (tal vez) una clase social en específico; el rol de la educación; el papel de las expectativas versus las realidades y --agrego-- el mismo interés del Estado por dotar a sus funcionarios de un respeto y prestigio social que los diferenciara de los obreros y empleados particulares, pero al mismo tiempo restringiendo sus derechos políticos y asociativos.

En ese sentido, coordinadoras como la ANEF cumplieron un rol al apoyar y estimular el esfuerzo colectivo para lograr esas aspiraciones, que quizás de otra manera eran inalcanzables o hubiesen significado un esfuerzo individual mucho mayor. Desde ese punto de vista, el esfuerzo organizacional se construyó y justificó para conseguir, aunque fuera parcialmente, ese nivel de vida y de consumo que podía homologar a un empleado de rango medio o bajo con los profesionales universitarios o los políticos profesionales. Es significativo también destacar que en los testimonios, los funcionarios del Estado se preocupan de subrayar que lo que buscan no es la riqueza o el 'lujo': cuando hablan de vacaciones en la playa, tres comidas diarias, hoteles céntricos, ropa formal y (más adelante) electrodomésticos o automóviles, identifican esos bienes y capacidades con lo que llaman la 'vida digna', es decir, con lo que una persona o una familia necesita para vivir cómodamente, ser respetado, cumplir lo que se espera de ella, lo cual consideran la justa recompensa por su trabajo. Otra vez, el ideal de una cierta *aurea mediocritas* subyace en declaraciones y testimonios: buscar satisfacer las necesidades básicas (vivienda, alimentación, abrigo) y algunas 'pequeños gustos' (cine, libros, vacaciones) es éticamente aceptable, mientras no lo sería el enriquecerse, lo que tiende a asociarse con explotación, arrogancia y ambición desmedida. En esos términos, la construcción de una identidad como proyecto de los empleados públicos, se vio fuertemente influida por el llamado ideal mesocrático que analiza el ya citado Barr-Melej para la primera mitad del siglo XX, que fue difundida por el partido Radical y los intelectuales nacionalistas del Centenario: una postura antioligárquica, que connotaba negativamente el sentimiento de superioridad y el refinamiento europeizante de las élites sociales, una actitud de compromiso con el país y su desarrollo económico interno, una alta valoración de la educación formal (especialmente la universitaria) y de la democracia entendida como respeto a las leyes y esfuerzo común, y por otra parte, distancias serias ante el proyecto revolucionario socialista, de inspiración marxista, por la violencia y la pérdida de las libertades individuales que podría significar.

En dicho sentido, la dirigencia de las agrupaciones de funcionarios supo captar cuáles eran las aspiraciones de los funcionarios y cómo se pensaban a sí mismos. De hecho, se trata de un discurso que no se construyó ni planteó en la antinomia revolución/reformismo, o pueblo/oligarquía, sino en torno a principios como la libertad, la justicia y la dignidad humana, y la explotación y la injusticia como situaciones a combatir. Uno de los *hechos culturales* más interesantes que reveló esta investigación fue precisamente la armonía de la definición de los funcionarios administrativos del Estado como asalariados y explotados, con aspiraciones cuyo modelo estaba, en parte, en el modo de vida y el capital cultural de la clase alta urbana. Se asumieron, así, elementos de una identidad de clase donde se veían como parte del pueblo, no de los privilegiados, pero a la vez como un pueblo culto, capaz de proteger y educar a los más pobres y en igualdad de derechos con los más ricos; su ideal de vida no fue la cultura rural campesina, ni la popular-urbana. Aquí, vale la pena destacar la distinción que realiza María Angélica Illanes, cuando en la búsqueda de una definición de 'lo popular' destaca que la pobreza tiene un papel, pero no se trata sólo de ella: lo popular se define también por prácticas como un determinado lenguaje, expresividad, modos de vestir, tratar y relacionarse con los demás que son definidos como propios del pueblo, diferentes a los de las elites sociales y culturales, y entendidos (positiva y orgullosamente) como 'propios'. Los funcionarios públicos no buscaron reproducir ni hacerse parte de una versión menos pobre y menos explotada de esas culturas populares, reconociéndolas y valorándolas positivamente como las propias. En ese sentido, tampoco constituyeron lo que hoy podríamos llamar grupos *alternativos* o contraculturales. Su *siutiquería* o arribismo, entonces, leídas en las coordenadas correctas --es decir, no desde lo peyorativo o lo prejuicioso sino de lo que significaban para quienes ejercían dichas prácticas-- dan cuenta de personas y grupos que si bien no buscaron el lujo de los más ricos, sí buscaron vestirse, divertirse y estudiar *como* ellos, en la medida de lo posible.

De allí, probablemente, los éxitos conseguidos en lo que podríamos llamar la zona central del siglo XX: su identidad social y política se construyó al interior y en consonancia con un Estado que quería ser de bienestar y de armonía social, que buscaba una sociedad con más oportunidades y más estable, con mayor movilidad y 'paz social' al mismo tiempo. Una sociedad donde la frontera entre los más pobres y los más ricos estuviese dada por ese lujo, **no** por la carencia para unos (y la sobreabundancia para otros) de educación, buena alimentación, vivienda y oportunidades de realizarse humanamente, de formar una familia estable, de tomar vacaciones, ir al cine o leer. Una sociedad donde, en resumidas cuentas, no fuese necesario ser rico para ser culto, respetado o feliz.

Esa identidad híbrida parece haber alcanzado su mayor nivel de realización en las décadas que fueron desde 1950 hasta ese hito destructivo y a la vez fundacional que fue septiembre de 1973. Si no eran confiables para los revolucionarios, sus demandas y sus organizaciones eran aun menos atractivas para la así llamada 'revolución neoliberal'. Los proyectos de vida de los empleados públicos, basados en la carrera funcionaria, en la estabilidad laboral, en el lento pero esperanzador ascenso hasta alcanzar la 'dignidad' a través de la negociación con el gobierno ya no calzaban; un modelo político-económico que decidió empequeñecer el Estado, flexibilizar el trabajo y fomentar la iniciativa individual y la libre empresa tenía que necesariamente oponerse a ese proyecto. Aquellos que querían defenderlo fueron reprimidos y colectivamente desmovilizados. En el Chile neoliberal, no sólo los revolucionarios propiamente tales se transformaron en un problema; también aquellos que aspiraban a un trabajo 'para toda la vida', del cual fuera 'casi imposible que te sacaran'.

En este sentido, vale la pena remarcar la idea de la identidad como *desempeño social* y agregar la idea de la identidad como *proyecto*. Es decir, la tesis de que la identidad no sólo se construye a partir de un reservorio de experiencias y memorias comunes, sino también a partir de lo que se quiere ser. Se define un *sí mismo* (y por lo tanto un Otro) a partir del presente y su pasado, pero esta construcción involucra también un *sí mismo* en el futuro, que se entiende como aquello que podemos *llegar a ser* a partir de determinadas prácticas, valores y certezas que ejecutamos cotidianamente. Si hacemos esto, conseguiremos aquello; si nos comportamos de cierta manera, el resultado será aquel. Podemos sentirnos parte de un mismo grupo no sólo por lo que somos hoy, sino por lo que podemos ser a mediano o largo plazo: es decir, a lo largo de nuestra vida y de la generación siguiente.

Revisando estudios y testimonios que abarcan buena parte del siglo XX, puede afirmarse que los empleados públicos fueron, como bien plantea Zizek, internalizando y apropiándose de ese proyecto propio del Estado de Bienestar y los populismos del siglo XX. Llegaron a sentirlo como lo 'natural', como algo a lo que cualquier persona puede y debe racionalmente aspirar. Protegidos, como plantea Drake, por partidos políticos y gobiernos relativamente abiertos a cumplir con sus demandas, llegaron a creer y comprobar que era posible conseguir esa calidad de vida a partir de la combinación de esfuerzo individual (ser responsable y ordenado con el dinero, los horarios y el trabajo realizado), de demandar y cautelar cívicamente sus derechos (apoyando y participando en organizaciones colectivas, de clase y/o gremiales) y de contar con redes de apoyo social y familiar que facilitaran el acceso a esas oportunidades (contactos familiares, de estudios y amistades). Para la época de la Unidad Popular, sus dirigentes incluso llegaron a plantearse no sólo demandar al Estado, sino ser parte de él en la construcción de una sociedad más justa e igualitaria.

De allí proviene, propongo, la *memoria dorada* del período previo al golpe de Estado de 1973 que se advierte en los testimonios actuales, la *memoria negra* de la Dictadura y la desconfianza en el Chile actual. La revisión de la legislación aplicada a los empleados fiscales de la década de 1930 en adelante, como vimos en el capítulo II de esta investigación, y la evidencia de sus movilizaciones y reclamos desde la

década de 1940 hasta 1973, muestran que nunca existió inamovilidad en el empleo, carrera funcionaria, sueldos dignos u oportunidades de educación para todos los funcionarios públicos, obreros o empleados y que sufrieron persecuciones y represión, pero el enorme impacto de las reformas iniciadas en 1973, el despido masivo de funcionarios, la desaparición de sus organizaciones elegidas, la represión generalizada a sus dirigentes y el aumento de los empleados a honorarios y contrata frente a la disminución de los funcionarios de planta, colaboraron a la idealización de los logros anteriores y la minimización de los problemas y conflictos vividos entonces: como explicaba Tucapel Jiménez poco antes de su asesinato y se trató en estas páginas, se pasó de demandar aumentos de sueldo a luchar por no ser despedidos.

Como trataron Adler y Melnick para el caso del magisterio, la dictadura militar también creó en los funcionarios administrativos del Estado una sensación de inseguridad, indefensión y disminución de estatus considerables. Esta investigación reveló que el empleo público fue a lo largo del siglo XX, precisamente, una oportunidad de salir de la pobreza para aquellos que no pudieron solventar cinco o seis años de educación superior, que necesitaron trabajar rápidamente, que no heredaron bienes, que solo tuvieron educación primaria o secundaria, una recomendación, un buen dato y ganas de salir adelante.

La pregunta es aun más relevante si consideramos que junto a ello, el empleo fiscal no sólo les permitió acceder a un sueldo y beneficios económicos; también les permitió generar auto estima individual y grupal, planificar su futuro, unirse a otros y sentirse orgullosos de su experiencia, de enseñar a los más jóvenes, de ser parte de un servicio público. Como ellos mismos recalcan, no se trató únicamente del dinero, sino de desarrollar una actividad honorable y útil, como trabajadores y seres humanos.

Todo esto nos lleva a pensar o revisitar esta relación entre gobiernos, servicios públicos y sus funcionarios. La investigación revela que el Estado no sólo es necesario --vitalmente necesario-- para los más pobres, sino también para aquellos que ya lograron salir de la ominosa miseria y quieren seguir fuera de ella. Sin embargo, el Estado es también un ente dinámico, con necesidades y proyectos cambiantes, y no puede ocuparse sólo de sus funcionarios, por decirlo de alguna manera. Los economistas liberales, por ejemplo, vieron en el crecimiento de las plantas burocráticas, de las oficinas públicas, de los empleados y 'empleaditos', al ogro filantrópico, al gigante obstaculizador precisamente del crecimiento económico y el desarrollo, mientras los funcionarios públicos vieron en los gobiernos (y no sólo en el caso de la Dictadura) a una amenaza constante contra sus proyectos de vida: aquellos que legal o ilegalmente, directamente o con triquiñuelas, intentaban quitarles 'lo conseguido', reducirlos a simples piezas de una maquinaria y ponerlos y convocarlos o sacarlos de la administración pública a su arbitrio.

Las discusiones pendientes.

En resumidas cuentas, este recorrido deja preguntas pendientes que son vitales para las opciones y las propuestas políticas del presente y el futuro. Sólo en términos de hipótesis, creo que es posible plantear lo siguiente:

En el período democrático que va desde 1990 hasta 2010, el Estado como creador de empleos, seguridad laboral y posibilidad de ascenso social no recuperó el papel que había tenido antes de 1973. Numerosos miembros de la clase media profesional y administrativa, y personas que querían salir de la pobreza y llegar a la clase media, debieron 'reinventarse' o acceder por primera vez al mundo laboral en condiciones muy diferentes (al menos en términos de imaginario social) a las que enfrentaron sus padres, madres o abuelos. En este nuevo escenario, lo que primaría como capacidades deseables no es el esfuerzo colectivo, sino el individual, no es la constancia sino la movilidad y la capacidad de 'oler' las oportunidades, no es

la fidelidad a un pasado, sino la habilidad para captar un futuro. Lo importante es ser rápido, competitivo y 'busquilla', como lo definió Beatriz Silva usando las palabras de sus propios entrevistados. De allí la distancia de estos grupos con los antiguos valores democráticos, los partidos de centro y de centro izquierda y la organización sindical y gremial: o sienten que no tienen nada qué ofrecerles, o sus formas de empleo son tan inestables que esa posibilidad de acción colectiva ni siquiera existe.

De hecho, y mirando el presente desde este pasado y estas trayectorias identitarias y políticas que hemos brevemente reseñado, la desilusión, la desconfianza y el rechazo hacia los partidos políticos, los grandes proyectos y el mismo concepto de democracia pueden ser mejor comprendidas en la medida de que vienen de una percepción de 'traición' y de desencanto: se rechaza siempre, tal vez, con más violencia aquello en lo que alguna vez se creyó, aquello que se percibe como una promesa incumplida o un sueño roto.

No sorprendería, entonces, que en ese contexto hayan optado por votar por un empresario con fama de especulador y aventurero: a diferencia de lo ocurrido en décadas anteriores, el ser 'pillo', mediático y millonario no sería visto como algo negativo, sino como una prueba de su capacidad para hacerse cargo de *los destinos del país*, por usar una frase manida. Y la prueba de la profunda crisis de una percepción de país basada en los proyectos colectivos, el trabajo honesto y la democracia real.

- (1) Este texto es parte de la investigación doctoral "La Agrupación Nacional de Empleados Fiscales: identidad y asociatividad de los empleados públicos en Chile. 1943-1983", Programa de Doctorado en Historia, Universidad de Chile, en curso.
- (2) Magíster en Historia de Chile y Candidata a Doctora en Historia, Universidad de Chile. Académica del Departamento de Ciencias Históricas de la misma Universidad. Ha investigado y hecho docencia en historia contemporánea de Chile y el Cono Sur, particularmente en historia social y cultural, memoria social, derechos humanos y reformas democráticas a las instituciones policiales. Fue investigadora del Área de Seguridad Ciudadana del CED entre 1997-2003. acandina@uchile.cl
- (3) Azun Candina, *Por una vida digna y decorosa: empleados públicos y clase media en Chile del siglo XX*, (Santiago, Editorial Frasis, 2009), Introducción.
- (4) Bernardo Subercaseaux ha destacado esta idea de Nación; "la nación, en tanto producto de la modernidad, no es sólo un dato geográfico o una mera territorialización del poder, sino también una elaboración simbólica y discursiva, una comunidad imaginada en la que confluyen los mitos fundacionales y de origen, la escenificación del tiempo nacional, las metáforas, los símbolos y rituales cívicos establecidos (o en reelaboración), e incluso las propias políticas historiográficas y filológicas. Además de realidad constatable, la nación es un relato, una construcción intelectual, emocional e historiográfica", Bernardo Subercaseaux, 2003, "Nación, Héroes y Arte (ruido, demasiado ruido)", *Revista Cyber Humanitatis* num. 25, en www.cyberhumanitatis.uchile.cl.
- (5) Recabarren, Luis Emilio, "Ricos y pobres", Conferencia dictada en Rengo, 3 de septiembre de 1910, con ocasión del Primer Centenario de la Independencia, p. 167.